

y veinte piezas de batalla vomitaron bronce por sus bocas de hierro, convergiendo sobre la columna que retrocedió espantada.

Rehízose á los pocos instantes y tornó á embestir con bravura; entonces artillería é infantería descargaron sobre el enemigo, que diezmado y en dispersion llegó en fuga á sus parapetos.

Zaragoza estaba satisfecho.

La fortuna le habia arrojado un laurel mas á su frente en medio de la terrible vicisitud que hirió de muerte á una seccion de su ejército.

A las doce de la noche movió su campo en direccion á Tecamalucan.

## CAPÍTULO VI.

De como hay sueños que parecen realidades, y realidades que parecen sueños.

### I.

La noticia de la retirada fué un rayo de luz en el alma de doña Blanca de Montemolin, que se creia enteramente perdida y alistaba su viaje para Inglaterra.

Las circunstancias la favorecian para entrar en el mundo de la intriga, toda vez que el movimiento de Zaragoza importaba un armisticio.

Aquella suspension era de buen agüero para la hija de Carlos Luis de Borbon, sus esperanzas se reanimaron como las plantas al rayo del sol.

Aquella muger ambiciosa puesta en contacto con los hombres de la intervencion y comprometida en la lucha revolucionaria, tentaria cuantos medios estuviesen á su alcance para la realizacion definitiva de sus planes.

La infeliz condesa seguia en el alucinamiento de sus ensueños, en el vértigo siempre creciente de su delirio.

La noticia dada á Laurencez sobre el plan de Zaragoza y comunicada casualmente por sus espías, habia surtido un éxito completo, y los franceses se hallaban satisfechos, porque sin el aviso de doña Blanca, Laurencez estaba derrotado.

Cuando la Montemolin vió regresar en cuadro á aquellos hermosos batallones que dias antes habian atravesado orgullosos por la ciudad, se quedó profundamente pensativa.

—Así es la gloria, murmuraba la jóven, humo que se disipa al primer choque del viento, ola que se apaga con las arenas de la orilla!..... Ayer todo era gloria, porvenir, ilusion, felicidad; hoy tornan del campo de sus esperanzas con la frente cubierta de polvo y el semblante cadavérico por la desesperacion!..... pobre humanidad! ¡siempre soñando!.....

Doña Blanca no comprendia que ella formaba parte de esa larga série de soñadores que ven despiertos imágenes y horizontes que no existen.

Rodeada del centro luminoso que irradia en el cerebro cuando se va en pos de lo desconocido, y que dándole forma al pensamiento se cree tocar ese resorte que una vez movido nos dará entrada al mundo encantado de las apariciones y de la gloria, no percibia que entre el hombre y sus esperanzas hay siempre un abismo sin fondo que se llama *predestinacion*.

Jóven, descendiente de una raza tenaz y caprichosa y nacida bajo el sol de España, su pensamiento era un foco de fuego que la llevaria á las empresas mas irrealizables y al camino mas estraviado.

Educada en Inglaterra, creyendo en sus primeros años que alguna vez le prestaria su sombra ese ancho dosel de la monarquía española, teniendo siempre súbditos á sus órdenes, porque á los Borbones les sirven aún de rodillas en su destierro; se creia digna de figurar entre los suyos.

Se alzaba á la altura de su nombre, veia á doña Isabel II como á la gran usurpadora de los derechos de su padre, creia que despertando al pueblo al grito sonoro de una *restauracion*, se le-

vantaria proclamando á la raza desheredada, y todo aquel aparato brillante desapareceria ante la legitimidad de los hermanos de Fernando VII.

Veia á su lado al héroe de la revolucion carlista, á ese conde de Morella tan temido, á esa espada que habia brillado vencedora en cien campos de batalla, y que dejaria el escudo de armas del veterano á la primera señal de sus señores.

Doña Blanca creia tener en sus manos el rayo.

Cuando vió aplazarse la revolucion legitimista, desde aquella isla arenosa centro del poder y de la civilizacion, se volvió á los mares de la India Occidental, y en el vírgen continente creyó ver su acta de *reconocimiento*.

Atravesó en pos de ella las olas del Atlántico, tocó con atrevida planta las playas mexicanas, y cediendo á la mision que de antemano se habia impuesto, entró en el anfiteatro de la política como el gladiador del destino, llamó á la fortuna, la retó en un duelo á muerte, y la fortuna que por un momento se mostró orgullosa, yacia vacilante, indecisa ante la arrogancia magnífica de aquella muger.

## II.

Zaragoza se habia retirado del campo de Orizava, esto era un golpe terrible á la revolucion; no obstante, la alarma crecia en el campamento frances, porque el héroe de Puebla era una amenaza constante, era la nube preñada de rayos y que vagaba en el espacio, el primer choque seria terrible.

Laurencez se parapetaba lleno de terror, y la nacion entera llena de fe y entusiasmo, lo esperaba todo de Zaragoza.

Nadie podria creer que el bravo general cederia los honores de la victoria sin haber perdido tras la última fila su existencia.

Laurencez no se atrevia á dar un solo paso fuera de sus parapetos, estaba en jaque perpétuo.

El presidente Juárez apeló lealmente al juicio nacional, hizo un llamamiento al pueblo.

“El gobierno supremo de la República, que ni se enorgullece con los triunfos ni se abate con los reveses, ha dictado en el acto las órdenes que demandaba el caso, y cuyo resultado será que antes de tres semanas esté repuesta la fuerza perdida y nuestro ejército en posición de volver á tomar sobre los invasores la ofensiva que solo se suspende momentáneamente.

“El pueblo mexicano se ha mostrado hasta hoy digno de la causa que defiende, y no serán los azares de la guerra los que le hagan cambiar la conciencia que tiene de su justicia.

“El gobierno marcha adelante de ese mismo pueblo con una bandera invencible, porque es nacional, y con una fe firme de que el destino futuro de México es ser República soberana é independiente.”

El país entero respondió á la evocación de sus sentimientos patrióticos, y se agrupó armado en torno de su estandarte.

Los Estados todos de la Confederación mexicana alistaron su contingente de sangre, y á los pocos días surcaban en todas direcciones partiendo de la circunferencia al centro, cuantos hombres pudieron armarse, para formar un núcleo poderoso y ponerse frente á frente de la arrogancia de los ejércitos de Napoleón III.

### III.

El estudiante Mondoñedo seguía muy grave de su herida á consecuencia del atentado de suicidio, en el arranque terrible de su amor burlado.

Sabia que una señorita Amalia Brown, sin sospechar que doña Blanca se hubiera atrevido á pisar los sagrados umbrales de aquella casa, se hallaba alojada en compañía de Eloisa.

El estudiante no había dado importancia á aquel suceso, primero, porque su enfermedad se hacía cada vez más grave, y segundo, porque había en la ciudad gran número de emigrados, y no encontraba estraño que el Sr. Mons diera albergue á sus amigos.

Cuando doña Blanca supo que Mondoñedo se encontraba allí, conoció el peso de su imprudencia, pero resuelta á afrontar todo cuanto sobreviniese, esperó la noche para entrar en el cuarto de su antiguo apasionado.

La casa estaba en silencio y la noche avanzaba en todo su peso.

La calentura tenía aletargado al estudiante, que deliraba en voz alta.

La estancia estaba alumbrada por la luz tenue de una lámpara encubierta con el velador.

Dió la una en el reloj del aposento de doña Blanca.

Salióse recatadamente, atravesó los corredores, empujó levemente la puerta de la estancia, y se detuvo, porque creyó oír alguna voz.

Mondoñedo seguía agitado en su delirio.

—Ella, sí, ella, tan hermosa como siempre; hay dos llamas que salen de sus ojos y penetran en mi corazón.... silencio.... silencio.... sus labios se mueven y la visión va á hablar.... me llama.... ¿qué me quieres?.... Ya he sacado mi corazón del fondo de mi pecho para ofrecértelo, y lo has estrujado con tu planta.... oye, mírame arrodillado á tus pies con la frente apagada por los pesares; pon tu mano en mis mejillas, conservan aún la humedad del llanto; porque he llorado mucho por tí.... mucho, hasta agotarse el raudal de mi alma.... El ardor calenturiento de mi cerebro ha acabado por calcinar mi pensamiento y con él las imágenes todas de la juventud, sobre esas cenizas queda en pie una visión.... ella!.... Yo te he amado como al Dios de mi existencia.... tu amor se puede contar por los latidos de mi corazón y las terribles convulsiones de

mi espíritu.... Yo he sentido palpar la vida cuando tus ojos se han posado en los míos y tus miradas han caído á plomo sobre mi existencia desgraciada.... Inclinas tu cabeza y tus ojos se llenan de lágrimas al ver las heridas profundas de mi corazón.... acércate.... mas.... mas todavía....

Estremecióse el estudiante como si la vision de su sueño se acercase realmente á su lecho.

—Delira, dijo doña Blanca, y avanzó hasta la cabecera del enfermo.

Mondoñedo abrió los ojos calenturientos, y exhaló un grito que apagó la atrevida mano de la condesa.

—Silencio, por Dios! dijo doña Blanca; silencio, yo os lo suplico en nombre de vuestro amor!

El estudiante comprendió que era realidad lo que pasaba á en vista, y se incorporó decidido á despedazar el velo de aquel misterio.

—Qué buscáis aquí, señora?

—Necesito hablaros.

—Cómo habeis penetrado en esta casa?

—Bajo el nombre de Amalia Brown.

—Pero esto es horrible!

—Silencio.

—No sabeis que la señorita Mons es la novia de don Fernando?

—Lo sé, caballero, esto me ha traído.

—Pero qué intentais, señora?

—Nada, jóven, nada.

—No comprendo entonces vuestra permanencia en esta casa.

—Vais á oirme.

—Ya os escucho.

—No se os esconde que soy hija de Carlos de Borbon.

—Lo supe esa noche funesta que ha dejado huellas tan honradas en mi corazón.

—Oidme: arrojada en ese turbion, estoy empeñada en una

lucha tremenda en la que juego mi existencia ya comprometida.

—Señora, os compadezco.

—Vos sabeis que conspiro incesantemente, que no he traído otro objeto á esta ciudad.

—Señora, callad por compasion, no me hagais cómplice de vuestros secretos.

—Y qué importa si ante vos apararezco como soy?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—Una sola palabra de vuestros labios será suficiente para perderme.

—No la pronunciaré, señora; no os devolveré ofensa por ofensa.

—Yo apelo á vuestra caballerosidad.

—No teneis derecho á ella; pero sois una dama y no atropellaré los deberes que me impone mi honor.

—Gracias, caballero.

Guardaron ambos personajes un prolongado silencio. Mondoñedo veia á su lado á aquella muger que habia sido la primera pasion de su vida; sentia por momentos volver á su corazón aquel cariño gigante de otros dias, la presencia de doña Blanca le subyugaba y sus fuerzas se agotaban ante la ilusion que resplandecia por momentos en el horizonte de aquella alma hecha pedazos.

La hora, el silencio de la noche, la hermosura deslumbradora de aquella muger destacándose en las sombras transparentes de la estancia, todo contribuia á excitar aquel cerebro presa de la calentura.

—Rosa, Rosa, dijo al fin el estudiante; yo no sé que sois Blanca de Borbon, me parece veros en la casa donde os conocí bajo ese nombre y al amparo de un anónimo dulce y trasparente.

—Callad, caballero.

—Era entonces tan feliz!.... sí, porque vivian mis esperan-

zas y mi corazón soñaba con el paraíso del porvenir.... el amor de Rosa era toda mi ilusión, todo el sueño de mi espíritu.... aun no caía de mis ojos la espesa venda que vuestra mano había puesto delante de mí.... qué bello era amaros! sentir en el fondo del pecho la bienhechora sombra de la ilusión; porque yo os amaba con frenesí, como nadie ha amado hasta ahora; por vos hubiera sido capaz de todo, os lo había dicho, hasta de un crimen!.... aquella pasión estaba engrendada por un sentimiento impío, que debía horrorizaros, ¿no es verdad? No era el arco del cielo sobre el corazón, era el genio de la fatalidad quien me impulsaba hasta vos en el aliento del infierno.... huid!.... huid!.... este fuego es de maldición.... lo creía extinguido.... muerto.... y ahora vuelve á abrasar mi alma; creía que ya no os amaba, y sin embargo, palpita mi corazón como en aquellas horas de demencia en que érais para mí el arcano de la vida, el centro de ese mundo que giraba en torno de mi existencia.... apartaos.... ved que estamos solos y la fiebre acude en una irradiación terrible á mi cerebro.... huid por compasión!

Doña Blanca tomó la mano del mancebo y le dijo dulcemente:

—Si mis lágrimas son bastantes para que me perdoneis todo el mal que os he hecho, miradme, el llanto corre por mis pupilas, y el dolor oprime mi corazón!....

—Me vuelvo loco! exclamó Mondoñedo; yo no tengo que perdonaros, todo lo debo al destino.... vos sois el ángel de las venganzas!....

—Yo me arrepiento, no os conocía; cuando me he asomado al abismo de vuestro pecho, os he visto grande, y he retrocedido llena de espanto.

—Os tengo miedo, os volveis á apoderar de mis sentidos como antes, vuestro contacto me contagia, tened compasión de mí; nada temais, mi alma es un sepulcro, y vuestro secreto quedará en esa tumba donde duermen mis ilusiones.

—Nada os exijo.

—En cambio, os exijo una promesa.

—Hablad, caballero.

—Juradme que la señorita Mons no está amenazada con vuestra presencia.

La condesa reflexionó un momento, y dijo solemnemente:

—Lo juro!

—Juradme que la amparareis, si por alguna fatalidad la desgracia la persigue.

—Lo juro!

#### IV.

El estudiante cayó otra vez en el sopor vago de la fiebre, y la aparición de la condesa comenzó á desvanecerse en el mundo irrealizable hasta confundirse en el tropel de visiones que embargaban su fantasía.

La condesa llegó á su aposento y se puso á pasear como una demente.

—Dios mío! exclamaba, ¿cómo salir de este huracán que envuelve mi existencia?.... Cuanto mas se acerca el momento en que debo ver realizar mis esperanzas, mas turbación se filtra en mi espíritu y mas se abate mi corazón.... á veces maldigo la ambición que me arrastra fuera de mi hogar y á un terreno desconocido.... quisiera volver á Europa.... pero no; sería horrible haber venido en pos de un título para estar en el sólio de mi rango, y tornar proscrita y desairada.... ¿Cómo me presentaría ante don Juan de Borbon?.... Solo el conde de Morella me indemnizaría con su cariño paternal de las angustias que he sufrido.... ¿Y qué me importaría su ternura llevando un nombre supuesto, porque los Borbones no reconocen á la hija del príncipe don Carlos?.... Es necesario luchar, luchar hasta el fin con el destino.... los últimos golpes á ese

génio de la adversidad han sido terribles..... aun escucho el ruido de los cañones..... no vuelvo aún de esa pesadilla..... pero esos ecos de muerte se han alejado como los truenos de la tempestad..... comienza una nueva era en la política, y las alas de mis aspiraciones se abren á una atmósfera mas tranquila..... Esperémos!..... esperémos!

## V.

La luz del crepúsculo comenzaba á penetrar por los cristales de las ventanas, y doña Blanca permanecía aún entregada á sus pensamientos.

La ciudad levantaba ese rumor vago que hace al despertar.

Los tambores tocaban dianas y los bronces sagrados saludaban la primera luz del amanecer.

La jóven se sintió fatigada por vigilia tan prolongada, y tirando las cortinas, se entró en el lecho y durmió profundamente.

## CAPÍTULO VII.

De la oruga que mina el cimiento del pedestal.

## I.

El general Zaragoza había llegado á la capital para ponerse de acuerdo sobre el plan de campaña.

El pueblo acudió en masa á felicitar al héroe del 5 de Mayo, y rendir sus homenajes al génio de la victoria.

El pueblo ignoraba que sus sagradas ovaciones serian las últimas que tributaria al vencedor de los franceses durante los cortos dias de su existencia.

Zaragoza recibió las felicitaciones patrióticas de la capital y á las veinticuatro horas regresó á su campamento.

Nada mas alegre que la poblacion de San Agustin del Palmar durante la estancia de las fuerzas republicanas.

Los hermosos portales estaban llenos de gente y la plaza enteramente cubierta de vendimias.

Las mugeres de los soldados llenaban los cuarteles y la mayor animacion reinaba en el campamento.

El capitán Martínez, que estaba convaleciente de su herida, hacia centro de conversacion en una fondita del Palmar.

—Señores, decia á un grupo de amigos entre los que se hallaba Santiago Gonzalez; yo soy carne de perro, ya estoy como si nada me hubiera pasado; ¡demonio! no ha dejado mala señal en el carrillo; la cuestion se reduce á dejarse crecer la barba, cuando la tenga y me nazca de corazon.

—Capitan, usted tiene al diablo dentro.

—No lo crean ustedes, yo soy capaz de meterme dentro de él; ese dia de Barranca Seca por un tris clavo la salea; figúrense ustedes, que nos encontramos con las caballerías, y hubo una de Dios es Cristo; cuando mas empeñados estábamos en el pleito, cate usted que le echo ojo á un alazan árabe grande como un camello; me lanzo sobre el cazador que cayó instantáneamente al golpe de mi machete, porque hay gentes muy delicadas; ya me preparaba á apoderarme del troton, cuando ¡cataplum! sentí un golpe en la cara como si se me hubiera derrumbado la torre de San Francisco; ví estrellitas, y soles, y cometas, y caí ni mas ni menos que el cazador de Africa; despues nada supe, hasta que mi amigo me echó un asperges de agua fria, y supe que no me habian muerto.

—Trabajo les ha de costar enterrar á usted, mi capitan.

—Como que ya en el regimiento me han puesto por sobrenombre el *gato*, aludiendo á las siete vidas que tengo.

—Si hubiera usted estado en el Borrego, hubiera presenciado una zambra infernal.

—Lo siento en el alma; pero mientras esté vivo me he de *rifar* en todas, porque cosa mala nunca muere.

—Y qué dice el general?

—Viene muy contento de México, le han hecho mas fiestas que á la Virgen de Guadalupe, y *tata* Benito le ha dicho que haga cuanto le diere la gana.

—No faltaba mas que le pusiera restricciones!

—El general por modestia ha ido á México; pero él sabe

bien que lo que diga es la ley, y si no, aquí estamos nosotros para sostenerlo: ¡patrona! eche unos vasos de cerveza, y no se me ponga tan cerca, porque la enamoró aunque sea delante de su marido.

La patrona hizo una mueca graciosísima y llevó botellas á la mesa del capitan.

—Por la bota de mi general Arteaga! qué ésta cerveza está mas fermentada que la sangre de Pablo Martínez: patrona; á la salud de esos ojos, y sobre todo, de esas manitas que guisan tan bien el *mole de pecho*.

Donde estaba el capitan, había siempre gresca, y pleitos, y cuchilladas.

—Muchacho! ponle tabaco á esta pipa.

—Ya se ha vuelto usted francés, mi capitan? dijo la patrona, que era una muchacha muy guapa.

—Mira, *Tulitas*, si no tuvieras ese *no sé qué*, te respondia con mi pistola; pero á tí te contesto con un abrazo.

Diciendo y haciendo, se levantó y le dió un estrecho abrazo á la fondera.

Todos los concurrentes á la fonda aplaudieron.

—Siga la bola! gritó Santiago Gonzalez; mas cerveza, que el capitan paga!

—Oigan sonar las habas, que mañana es *vigilia*; esclamaba Martínez sonando el dinero que llevaba en las bolsas de la *calzonera*, y si falta, traigo á la cintura la serpiente de nuestra madre Eva llena de oro, y no son capaces de tomarse todo lo que yo pague.

—Viva el capitan Martínez! gritó la patrona.

—Viva! repitieron los oficiales.

—Señores! gritó el capitan, propongo un brándis por el doctor Cuevas que me ha sanado de la herida, y que se halla de *Camilo* junto al comandante Mondoñedo.

—Pido la palabra, señores, dijo en alta voz Santiago Gonzalez.

—Arriba!.... arriba!

El estudiante se paró sobre la mesa, y comenzó su perorata.

—Conciudadanos del ejército de Oriente, caballeros concurrentes y galopines de la fonda, salud!

—De mí no se acuerda usted, señor doctor? preguntó la patrona.

—No he concluido todavía, respondió Gonzalez, y continuó su brindis.

—Señores, y muy ilustre patrona del establecimiento, que teneis el honor de servir los majares á tan distinguidas espadas.

—Hombre, las espadas no almuerzan, gritó Pablo Martínez.

—Tiene razon el capitan, dijo la muchacha.

—Hablo en sentido figurado.

—Que espliche eso *Tanta-Lancha*, gritó Martinez aludiendo á un teniente que estaba al extremo de la mesa, y era conocido por ese nombre en el ejército.

*Tanta-Lancha* es un mozo de media edad, á quien le falta el oido, aunque no del todo, circunstancia que le hace aparecer sereno en las horas del peligro.

El teniente ha estado en las filas de la revolucion desde el plan de Ayutla, y lo conocen en toda la República; amigo fiel y hombre honrado, es una ganga encontrárselo en un pueblo ó en un camino, ya se cuenta con que no falta que comer ni un buen trago con que remojar el gizonte.

*Tanta-Lancha* tiene dificultad para hablar, pero la mímica le es familiar y tiene una práctica admirable.

El teniente era enamorado de primera fuerza y habia situado sus baterías al extremo de la mesa, desde donde atisbaba como un coyote á la fondera, haciéndole muecas y contorsiones que la chica no hechaba en saco roto.

Cuando *Tanta-Lancha* vió que á él se dirigian todas las miradas, preguntó por señas de lo que se trataba.

—De una dificultad, contestó Martinez; se trata de saber si las espadas comen.

El teniente contestó por la afirmativa, asegurando que la suya habia tomado beefsteak de cazador de Africa y roastbeef de zuavo.

Un aplauso general resonó en toda la fonda.

—Siga el brindis, siga el brindis!

—Puesto que he ganado la cuestion, dijo Gonzalez, voy á proseguir: Perdone la concurrencia que tome la....

—Tomemos todos! gritó el capitan Martinez interrumpiendo á Gonzalez.

—Tomemos, dijeron á una voz todos los circunstantes.

—Se trata de tomar la palabra, señores y caballeros.

—Eso es otra cosa; en ese caso, usted toma la palabra y nosotros la cerveza, y adelante con la cruz que el diablo se lleva al muerto.

El estudiante no era hombre que se desanimaba por tanta interrupcion; ya una vez en la tribuna popular, lo tenian de tolerar *velis nolis*.

—Decia, señores, que el capitan Martinez, gefe de este motin, se ha dignado hacer un recuerdo, tributar una memoria al sin par doctor Felipe Cuevas, y que yo me encuentro en situacion de contestar á su nombre.

—Adelante!.... adelante!

—Debo comenzar....

—Con mil diablos! volvió á interrumpir Martinez, si hace una hora que ha comenzado.

—Que no empiece por el principio, dijo *Tanta-Lancha*.

—Es buena idea, se aprueba.

—Se aprueba! se aprueba!

—Continuaré por el fin, dijo Gonzalez perfectamente tranquilo: la voz de los buenos soldados del ejército de Oriente, combinada con el equinoccio de los fundamentos anti-diluvianos de la mitología tarcalina, es por lo tanto....

—Bravo! bravo! eso sí que es tener talento! gritó el capitan; viva la Ambulancia!

— Viva! viva!

En aquellos momentos se dejaron oír los clarines tocando marcha.

— El general Zaragoza ha llegado, ¡viva el general Zaragoza!

— Viva! viva!

La multitud salió á la plaza, y á pocos instantes, seguido de sus ayudantes, atravesaba el general rumbo á su alojamiento.

Santiago Gonzalez no quedó con auditorio que escuchase el final de su brindis.

— Esto es horrible! exclamó el estudiante; señora patrona, venga usted en nombre de la buena educacion á escuchar mi discurso.

— Señor Gonzalez, bájese usted de la mesa y no me estropee los manteles, que son muy delicados.

— No hay en toda la fonda un ser racional, murmuró el estudiante, y bajando de la gastronómica tribuna, fuese en pos de la multitud que acudia á la casa donde la bandera tricolor anunció que quedaba establecido el cuartel general.

## II.

El héroe del 5 de Mayo era el ídolo, no solo de su ejército, sino de todas las poblaciones.

Su presencia en San Agustin del Palmar no era una novedad; pero el pueblo se complacia siempre en saludarle y acudia á manifestar sus simpatías al grande hombre.

Zaragoza saludaba al pueblo siempre con emocion.

Su fisonomía constantemente serena, infundia respeto y veneracion.

Zaragoza no repetia jamas una misma orden, porque estaba satisfecho de ser obedecido.

Trataba con seriedad, pero con esquisita distincion, á sus su-

bordinados y consideraba á la tropa; acariciaba á los niños que iban con sus madres en pos de los batallones, decia que aquellas tiernas criaturas eran sus hijos; muchas veces los tomaba en sus brazos, y esto hacia llorar á los soldados.

Zaragoza era el hombre de la firmeza, enérgico y circunspecto, estaba dotado de esa calma justiciera que resplandece en el alma de un buen general.

Su gran talento militar es reconocido por sus mismos adversarios.

La Francia le ha hecho entera justicia.

Zaragoza está juzgado por la historia.

## III.

En una de las casas de San Agustin se habia preparado el alojamiento que inundó la turba de ayudantes, esos globos correos de las batallas, que se les ve atravesar en todas direcciones, mezclarse entre las filas, desaparecer entre el humo del combate, y tornar á salir como átomos que se adhieren y se repulsan, y giran como esas partículas siempre en movimiento que forman los rayos solares.

El Estado Mayor no abandonaba á Zaragoza; cuando el general llegaba al alojamiento, ya todos los oficiales habian tomado cuartel por asalto y recorrido todo el campo, desde la cocina hasta las caballerizas.

El secretario y los empleados eran las víctimas, porque el general tenia un despacho activo.

Zaragoza estaba en los menores detalles, no olvidaba la mas pequeña circunstancia, conocia á toda su oficialidad y sabia perfectamente á quién encomendaba una empresa.

Era poco comunicativo, y jamas se ostentaba sino en los momentos supremos, como en la batalla de Silao, cuando arrebató la bandera y decidió el combate.

Su presencia en el ejército era una esperanza radiante, que infundía valor y decisión al soldado.

Zaragoza, como una predestinación de su existencia, le tenía miedo á la muerte fuera del combate.

Jamas tuvo el pensamiento de caer en la arena y peleaba seguro del éxito; pero cuando se sentía enfermo, se desmoralizaba terriblemente, le asustaba el lecho y el aparato de una dolencia.

Hay algo en el corazón que nos aleja instintivamente de aquella influencia que mas tarde debe alcanzarnos.

#### IV.

Los ayudantes del general habían contratado á un cocinero italiano llamado Jovani, que guisaba admirablemente, sobre todo, unos macarrones excelentes.

El italiano tenía un cuidado especial en obsequiar al general Zaragoza, á quien siempre destinaba platillos exquisitos.

Jovani era el hombre de importancia y á quien se le prodigaban las mayores consideraciones.

Jovani iba siempre de vanguardia en un soberbio carro de muelles, provisto de una batería de cocina, y en su pos seguían dos carros con víveres y conservas alimenticias y vinos de lo mas esquisito.

Luego que Jovani tomaba posesion de la cocina, se podía contar con que á la hora se tomaria la sopa, aquel hombre era un hallazgo feliz.

El capitán Martínez lo había presentado á sus compañeros. Jovani decía que el buque del general Gasset lo contrató, y no queriendo volver á España, consumió desercion con el objeto de establecer una fonda en México.

Santiago Gonzalez se mostraba receloso, porque la fisonomía

del italiano no le era desconocida; no obstante, acabó por confesar que se había engañado, cuya duda la disipó Jovani regalándole una bayonesa digna del Czar de Rusia.

El famoso cocinero se puso en tren y comenzó por degollar dos docenas de pichones y torcerles el pescuezo á seis faisanes de Indias, alias guajolotes.

Aprendió un gran trozo de vaca, puso á la parrilla un gran número de costillas, ensartó en un palo sumamente fino todas las menudencias y las colocó á la llama del brasero, mientras el galopin doraba á la lumbré unas papas rellenas con queso Gruyere, cuyo olor se difundía en todo el departamento. Hay quien diga que ese olor es un abuso de la civilización, pero esto no se aviene con la opinion de los que han levantado un monumento al inmortal Gruyere.

Jovani hizo una tortilla de huevos con sardinas muy succulenta, abrió latas de salmon y sardinas entomatadas, y para dar un gusto nacional á tan opíparo banquete, guisó unos frijoles á la veracruzana capaces de poner en alarma á la ciudad heroica.

Sacó un fieltro y coló el café, cuyo aroma hubiera hecho arremangar las narices al mismo Pelisier ó Mac-Mahon.

Cuando todo estuvo listo, sirvió el ajenjo en unas copas abri-llantadas.

—Trae un cántaro de agua, dijo al galopin, procura que sea de la mas limpia.

El galopin salió violentamente de la cocina.

Entonces Jovani sacó con mucha precaucion de su seno una botellita, movió el líquido que contenia y lo virtió en la copa destinada á Zaragoza.

La fisonomía del italiano tomó un aspecto siniestro, sus mandíbulas crugieron de espanto, un temblor concentrado corrió por todo su cuerpo, sus ojos se inyectaron y su lengua apenas pudo balbucir: "llegó el momento."

El galopin volvió con el cántaro.

Jovani le puso agua al ajenjo, y cuidó de señalar la copa.

Calóse su gorra almidonada y su mandil, dió un repique de campana, y se adelantó con la charola.

## V.

El general Zaragoza recibia en aquel momento la bienvenida de sus gefes, y los invitaba á su mesa.

La oficialidad habia formado grupos en el salon, hablando, como era natural, de la campaña, y refiriendo mil episodios de las batallas.

Todas las conversaciones se dirigian á elogiar á Zaragoza, augurando próximas victorias.

El general hablaba de organizacion y del contingente de los Estados que ya estaba en marcha para el campamento, preguntaba por la moral de las tropas, y se informaba sobre si estaban bien atendidas.

La juventud mas valiente se encontraba en la tertulia, y en todas las fisonomías se revelaba el valor y la esperanza.

Zaragoza estaba de buen humor al encontrarse entre sus queridos soldados, y cada vez se robustecia mas su fe en el porvenir.

Cuando algun imprudente hacia alguna alusion á la derrota del Borrego, Zaragoza prodigaba mil elogios á Gonzalez Ortega, hablando de su valor y citando algun episodio de la revolucion progresista.

Oyóse el repique dado por Jovani.

—Ya llaman á misa, dijo el capitán Martinez.

Zaragoza se sonrió y dijo á los que le rodeaban:

—Este Martinez es un hombre célebre.

Presentóse Jovani con la charola de las copas, que fué distribuyendo entre los oficiales hasta llegar á Zaragoza.

No se atrevió Jovani á tomar en sus manos la copa, por temor de que la convulsion lo denunciase.

El general apuró el ajenjo con el tósigo mortal, haciendo una inclinacion de cabeza á sus amigos.

Cuando Zaragoza puso la copa en la charola, esta se desprendió de las manos del italiano y cayó haciendo pedazos el cristal.

—Vamos, dijo Martinez, este Jovani ha tomado antes que nosotros.

Siguió la cena, en la que reinó una grande hilaridad, comenzando por los chistes y cuentos que contaba Martinez á media voz y que hacian reir al general.

Habia pasado una hora, cuando el general dejó á los oficiales entregados á su exaltacion y alegría.

Entróse en su despacho con el secretario, despachó toda la noche, y al amanecer salió para Acultzingo.

## VI.

Al dia siguiente y al caer de la tarde, bajaba por el camino de las Cumbres un ginete á todo escape.

Detúvose un momento en Acatzingo, y siguió su camino hasta Orizava entre una tempestad terrible.

En el camino encontró un destacamento frances que le dió el alto.

—Hola, Wask! ya tenia cuidado por vos.

—Aquí estoy, señor conde, despues de haber cumplido mi palabra.

Cómo! ¿es posible?

—Sí, dijo el aventurero apretando convulsivamente el brazo á don Fernando; yo le he visto apurar el veneno hasta las heces, Zaragoza está herido de muerte; dentro de breves dias, esa frente ornada con el laurel de Mayo, se inclinará como un sol en la tumba del ocaso.